

CARTAS AL EDITOR

Estimado Editor:

Las reseñas sintéticas, o Comentarios, de obras o artículos científicos, configuran una valiosa expresión dialéctica de la libre discusión de nuevas ideas, sistematización de datos u originales planteos teóricos. Forman parte de las revistas o periódicos científicos de todo el mundo, resultando beneficiosos para una ponderada información de sus lectores y, aún más, para los mismos autores quienes, bajo otro ángulo, lograrán cotejar con objetivas apreciaciones ajenas sus puntos de vista y publicaciones. Dichos Comentarios bajarán, sin embargo, a la altura de anónimas catalogaciones o de crónicas quisquillosas —perdiendo, pues, su significado— si llegaran a carecer de un contenido crítico real, limitándose a veces a una inconsistente verborrea, o a enumeraciones de capítulos o páginas acompañadas por citas a menudo erróneas, sentencias apodícticas faltas de valor intrínseco o melodramáticos dictámenes sobre defectos de forma notoriamente del todo secundarios, en algunos casos inevitables. Lamentablemente esto es lo que pasa con el Comentario¹ de H. Núñez sobre la arriba mencionada obra de quien aquí suscribe, aparecido en 1989 en la Revista Chilena de Historia Natural y cuyo contenido he examinado con toda imparcialidad, llegando finalmente a conclusiones decididamente negativas.

En efecto, si hacemos una somera —pero más que suficiente— recapitulación analítica del Comentario del señor Núñez, cabe indicar de entrada su curioso comienzo, pomposamente dedicado a los errores tipográficos: errores indudables e indeseables, pero que un revisor de categoría señalaría al final de su censo, no en su encabezamiento. A éstos siguen datos sobre dimensiones del libro y calidad de su papel, además de un escueto esquema de su general estructura. Tal vez sea ésta la parte mejor del Comentario: no muy diferente de ciertas presentaciones de libros en sofisticados Catálogos de importantes “Book-sellers”, como los de Brill, Koeltz, Krieger, Junk, etc. Se lamenta luego la ausencia de un glosario de términos técnicos. Un elemento útil, sin duda, si bien no estrictamente indispensable (crf. muchas

y clásicas monografías internacionales). Se renunció a incluirlo en esta ya voluminosa obra, a la par de Listas de Figuras, Láminas, etc., por comprensibles razones de limitación gráfica editorial. Sigue el Comentario con una citación al estilo telegráfico de las “Notas introductoras”, observando que en sus referencias históricas hay 228 citas bibliográficas en cinco o seis páginas (exactamente son 197 en seis páginas y media), de las cuales “más de una no aparece en la bibliografía”. ¡Llamativa e inexacta afirmación numérica para poner énfasis en un totalmente inexistente pequeño defecto, fácil de controlar con una inmediata verificación! Otras e igualmente semitelegráficas citaciones atañen a “...un panorama somero de la historia evolutiva de los reptiles”, precediendo el párrafo crítico que textualmente reproducimos: “...Al menos 27 páginas son dedicadas a generalidades morfológicas, que estando bien tratadas no aportan mayormente al contexto y propósito general del libro, que es entregar una obra taxonómica general dedicada a los reptiles... (sic)”. Solemne, apodíctica, casi hermética sentencia, cuya interpretación y oportuna finalidad mejor será reservar a la consideración y acumen de elegidos ¡lectores superdotados!... Tópicos sucesivos como “caracteres no morfológicos” y “Herpetofauna y zoogeografía” parecen no merit directamente la férula del severo y exigente crítico, quien se limita a recordarlos e insinúa en el caso de la Zoogeografía que “este campo debe desarrollarse de manera mucho más vital...” (?!). Estima que “la sección es de pequeñas dimensiones: cinco a seis páginas...” (sic.: en realidad son seis páginas y media).

¡Ahora, agarrarse bien!, pues llegamos textualmente al “...punto más débil y conflictivo (sic.) de la obra de Cei...”. Se trata de las claves bilingües, con problemas de forma en las claves en castellano (¿cuáles?; fueron repetidamente revisadas por autores argentinos), y donde aparecen “...figuras que no son citadas en la versión inglesa y viceversa...”, o se indican figuras “...muy alejadas del texto que las refiere...” (sic), agregando con tono asombrado “...lo nutrido de mapas distribucionales que tienen una numeración correlativa independientemente a las de las láminas señaladas en las claves...” (sic). Estos graves y “conflictivos” vicios serían la causa —según el señor Núñez— de que “...el uso de estas herramientas taxonómicas resulta muy engorroso, lento y poco certero...”. Lapidario juicio que permite a cualquiera darse cuenta de la escasa fa-

¹ Comentario del “Comentario a reptiles del centro, centro-oeste y sur de la Argentina. Herpetofauna de las zonas áridas y semiáridas. José Miguel Cei. Museo Regionale di Scienze Naturali Torino, 1986. Monografía IV.586 pp., por Herman Núñez, Sección Zoología, Museo Nacional de Historia Natural, Casilla 787. Santiago”, publicado en la Revista Chilena de Historia Natural 62: 279-280, 1989.

miliaridad que nuestro buen comentarista debe tener con la enorme variedad de claves, más o menos eficaces, de la gran literatura herpetológica internacional, en diferentes idiomas del mundo. O, por lo menos, de su muy modesta captación del sentido eminentemente pragmático y de la, universalmente reconocida, artificiosidad de todas las claves existentes, siempre modestamente y sencillamente subrayada por los más destacados especialistas en sus contribuciones. De otra manera resultaría hartamente difícil entender su espanto frente a las pequeñeces de forma y de composición gráfica que él increpa a las claves (¡“leteras” se diría en buen chileno!), dramatizando sus efectos nefastos en la utilización de aquéllas como “herramientas taxonómicas”: ¡bonito término técnico, digno de pasar al glosario!...

Vale la pena añadir que naturalmente nuestro buen comentarista no se apercibió de la muy diferente construcción de las claves en inglés, no traducciones literales de las en castellano, sino redactadas *ad hoc*, con su propia idiosincrasia lingüística y revisadas cortésmente por colegas especialistas americanos: lo que en algunos casos ni siquiera hace necesario citar figuras explicativas utilizadas en las otras, pues son “herramientas” distintas. En cuanto a las figuras “alejadas” del texto y su influencia en el “...uso engorroso, lento y poco certero (sic) de las claves”, el mismo señor Núñez, generosamente, reconsidera tres líneas más abajo sus ingenuos (?) temores, admitiendo que “...indudablemente es muy difícil para un autor que entrega un manuscrito saber *a priori* dónde quedará su figura 61, por ejemplo...”, etc. También concede, diez líneas más abajo: “...que el lector realmente interesado (sic), obligado a hojear muchas veces el libro, obviará y logrará hacer uso de ellas...”, las claves. ¡Por Dios!, ¿y en la óptica editorial de cualquier buena revista esto se podría llamar un comentario crítico de una obra científica?... ¡Sinceramente aquí uno no sabe a ciertas si reír o llorar!

Y habría más. El “Demonio de los comentaristas implacables” en efecto no deja de poseer a nuestro amigo, quien en seguida apunta a otro blanco aún más débil y *conflictivo*, en las desdichadas claves. Descubre nada menos que en “varios puntos” (¡en dos... en tres páginas diferentes, en una línea en cada una!...) se hizo “comparación con otras especies”: en particular, en una dicotomía aplicada a “despejar al género *Liolaemus*”. Haber nombrado dos taxa (*Liolaemus caeruleus* y *L. lineomaculatus*), como única excepción entre las más de 150 especies del género, en una alternativa morfológica de la dicotomía destinada “...a despejar un *Liolaemus*...”, como dice él, sería suficiente para que “una persona que

se inicia se pierda *irremediablemente*” (sic), mientras “por lo contrario esto no ocurre a un especialista, quien —si es tal— no necesita las claves...” (sic). Nuevamente, señores, ¿reír o llorar?

El nivel de todo esto no justificaría evidentemente ulterior malogro de apreciaciones o discusiones con razonable matiz científico. Pero el señor Núñez debe haber sido honestamente convencido de su papel de Robespierre de la crítica herpetológica, visto que por unas diez líneas más de su apasionado comentario insiste ensañándose con las malhadadas claves, “plagadas” (sic) por varios caracteres subjetivos (“escamas dorsales más puntiagudas - escamas dorsales menos puntiagudas”, “cola corta” - “cola larga”, etc.), lo que las haría muy poco útiles, etc., aun con el auxilio de los numerosos dibujos a lo largo del texto. Anatemas que, si bien convalidan la absoluta conveniencia de los caracteres merísticos y el significado puramente complementario y descriptivo de los caracteres subjetivos, que nadie discute, podrían bien aplicarse a la gran mayoría de las claves existentes en la literatura pasada y presente, incluyendo algunas bastante recientes (crf.: Ortiz, J.C.; Troncoso, J.F.; Ibarra-Vidal, H. y H. Núñez: Común. Museo Regional Concepción, 4, 1990, 31-43; claves págs. 38, 39, 40).

Habiéndose bien desquitado con las claves, nuestro divertido comentarista vuelve al estilo conciso y expeditivo inicial, tipo Catálogos Koeltz o Brill, liquidando sin especial infamia o elogio a las 338 páginas de la parte taxonómico-descriptiva, sustancial para el trabajo en cuestión, mencionando el índice analítico y el resumen, si bien no las 22 páginas de Bibliografía y sus 432 títulos. Al término de su tarea el señor Núñez admite que la utilidad de la monografía es innegable para el especialista (quien no precisa claves); niega que pueda tener “largos alcances” en las manos de un neófito (¿qué clase de neófito?). Un último veredicto personal que podría estar en contraste con la experiencia directa de cientos de personas que se inician y que ya utilizaron el libro con resultados satisfactorios, en la Argentina y otros lugares. Hay de todos modos que agradecerle, no por un análisis crítico prácticamente inexistente, sino por su juicio de despedida que el contenido del libro “hace una valiosa contribución a la disciplina” y que “...pues como compendio integrador no conozco otra obra similar en Latinoamérica”. Menos acertados sus votos que “...los escasos herpetólogos chilenos” puedan realizar una óptima, urgente actualización del libro de Donoso Barros, utilizando la obra de quien suscribe como elemento inspirador, particularmente “mejorando las falencias en ello contenidas”. Muchas gracias y “obrigado”!

Tal vez no valía la pena dedicar una "radiografía" de cierto detalle a un Comentario tan poco trascendente y conclusivo como el del señor Núñez. Por fin, cada uno puede decir o hacer lo que se le da la gana, más aún en el cuadro de la crítica literaria o científica. Además, ninguna censura u opinión en contrario, de no ser sólidamente constructiva, alcanza a invalidar el contenido positivo de obras que costaron esfuerzos, tiempo y trabajo. Como sabía decir uno de los más expertos y racionales herpetólogos modernos, y distinguido amigo, el Dr. Jean Luc Perret, del Museo de Genève, Suisse: "...il y a toujours des petits chiens qui pissent sur les églises...". No: la razón que me impulsó a dar forma al presente curioso "Comentario de un Comentario" fue fundamentalmente otra. El hecho de pertenecer como Miembro Correspondiente desde 1956 a la Sociedad de Biología de Santiago de Chile, de lo cual siempre me honré y me honro, me impone éticamente ciertas obligaciones y actitudes. Una de éstas, en el caso actual, es la de hacer todo lo posible para poner cada cosa en su lugar y vigilar para que la Revista Chilena de Historia Natural, antiguo y reputado vehículo de conocimientos y cultura, mantenga en la consideración general el prestigio y la categoría que siempre tuvo, tiene y nunca dejará de tener.

JOSE MIGUEL CEI

Prof. Honorario Universidad Nacional de Río Cuarto
Córdoba, Argentina, y Tucumán, Argentina.

Ex Director de los Institutos de Biología General
y Biología Animal de las Universidades de Tucumán y de
Cuyo, Argentina.

Honorary Foreign Member de la ASIH, Washington

Estimado Editor:

Mucho agradezco a la Revista Chilena de Historia Natural la posibilidad de réplica inmediata a la carta del señor Cei.

No haré uso de esta franquicia porque estimo que la revista no debe bajar al nivel visceral planteado por el señor Cei.

Lo saluda,

HERMAN NUÑEZ

Museo Nacional de Historia Natural
Casilla 787 - Santiago (Chile)

Observadores biológicamente entrenados,
el monstruo de las Butachauques y el
rol de los biólogos como educadores

Estimado Editor:

En una carta recientemente publicada en la Revista (Vol. 63, Nº 1), P. Schmiede y E.A.

Abarca se refieren al perceptible incremento de "observadores biológicamente educados" a lo largo y ancho del país. Destacan la importancia de registrar observaciones de fauna (o flora) que, aisladas, pueden tener un carácter anecdótico, pero analizadas con una perspectiva más amplia servirán para detectar cambios biogeográficos de mayor escala. En este contexto me parece importante hacer notar lo que sigue:

—R.A. Philippi, en 1902, dice en relación al Zarapito boreal (*Numenius borealis*): "este *Numenius* debe ser mucho más común en el Perú que en Chile i ha sido observado allí desde setiembre hasta diciembre, es decir en la primavera". Actualmente esta especie se considera extinguida en nuestro país.

—Blas Lavandero, estudiante de 4º año de enseñanza media, detectó y registró en una playa cerca de la desembocadura del río Reloca (comuna de Chanco, 35º40'S) un ejemplar de Pingüino de Penacho amarillo (*Eudyptes crestatus*). Esta especie se distribuye en los canales australes al sur de los 49ºS y en aguas subantárticas. Utilizando su guía de campo, Blas pudo distinguir el Pingüino de penacho amarillo de su congénere; el Pingüino macaroni (*E. chrysolophus*), también de distribución austral.

—Durante la primavera y verano de 1990-91 un grupo de biólogos marinos de la Universidad Católica del Norte (seguramente ex alumnos de P. Schmiede) registraron por primera vez en Chile la nidificación de la Garza cuca (*Ardea cocoi*), en un embalse artificial cercano a Alhué (Prov. Melipilla). Esta especie está considerada como Rara en el Libro Rojo de los Vertebrados de Chile.

—El viernes 1 de marzo de 1991, un diario capitalino trajo la noticia del hallazgo en la isla Aulín, del grupo Butachauques, Chiloé, de un gran animal marino, el que, según opinión de un biólogo, podría "ser un vertebrado prehistórico, un reptil, un ancestro del tiburón o un mamífero primitivo". El 3 de marzo, entrevistado por el mismo diario, un zoólogo del Museo Nacional de Historia Natural descartó la idea de que se tratara de un fósil y pidió que no se usara el término "animal prehistórico" por no ser adecuado, sosteniendo que, de acuerdo a las fotografías que él observó, se trataría de un pez o de un tiburón. A pesar de ello, el 6 de marzo otro diario habla de un reptil marino, el que pertenecería a una especie extinguida hace unos sesenta millones de años. De acuerdo a esta publicación, esta conclusión fue entregada a la prensa "por un equipo de científicos del instituto profesional (sic) de Osorno-IPO, quienes se trasladaron hasta el lugar para verificar y estudiar el hecho. Se trataría de un ic-tiosaurio, reptil marino extinguido al final del

período mesozoico hace unos sesenta millones de años, de piel muy dura y esqueleto cartilaginoso...". Se agrega que una "experta en mamíferos marinos y paleontología en vertebrados del Instituto Profesional de Osorno, sede Puerto Montt, indicó que en su opinión el animal estaba vivo al momento de alcanzar la pequeña playa de Aulín, hipótesis que fue confirmada por lugareños que declararon haber visto agonizar al extraño animal, al que consideran un ser de la mitología chilota". El domingo 10 de marzo el principal noticiero de un canal de televisión de cobertura nacional hizo un reportaje al respecto, mostrando los restos de lo que denominó un raro animal prehistórico. En él, el mismo biólogo del IPO entrevistado antes por la prensa escrita declaró que estaban estudiando los restos, que era cartilaginoso y con gonopodios, que no sabían bien qué era, pero que podía tratarse de un reptil. Luego la bióloga marina, mencionada antes como experta en paleontología, sostuvo que podría tratarse de un ictiosaurio o un plesiosaurio y que en su opinión el animal llegó vivo a la playa. El periodista hizo también alusión al denominado "Nessie o monstruo del lago Ness", en Escocia. A través de las agencias de prensa la noticia trascendió al exterior (paleontólogos del Museo de La Plata preguntaron insistentemente a un colega chileno de qué se trataba el hallazgo).

El 21 de marzo, el suplemento de ciencia y tecnología de un diario capitalino aclaró el misterio entregando informaciones sobre la biología del mentado animal. El biólogo de la Universidad Austral J. Lamilla determinó que el animal varado en Aulín era un tiburón peregrino (*Cetorhinus maximus*), el que estaba completamente descompuesto cuando se le descubrió. El biólogo Lamilla tiene experiencia en este tipo de cosas: "Una vez se habló de que habían encontrado esqueletos de extraterrestres en Iquique. Y yo aclaré que eran cráneos de tiburones". De acuerdo a los biólogos del IPO, citados en esta publi-

cación, un tiburón peregrino varó cerca de Ancud en diciembre de 1988. Cabe mencionar que la presencia de esta especie en la fauna chilena es conocida desde antiguo por los pescadores de la zona central y es mencionada por nuestra literatura científica en la década del 40.

Este "ictiosaurio" de las Butachauques puede ser una muestra de malinterpretación por parte de la prensa (desde el punto de vista de los biólogos entrevistados) o un intento de manejar publicitariamente una noticia aún a costa de hacer creer en una falacia (desde el punto de vista del público). Pero también indica que a pesar de los alentadores ejemplos contenidos en la carta de Schmiede y Abarca y en la presente, aún queda un largo camino que recorrer en materia de educación. No es raro el comentario sobre los científicos que se comunican sólo entre ellos y no llegan al público común. Frente a los monstruos se debe actuar como San Jorge contra el dragón y combatir tanto la ignorancia como los manejos que la prensa puede hacer para vender su producto (diario, noticiero, etc.). Para ello es necesario que los científicos dediquen algún tiempo a la difusión de sus conocimientos y descubrimientos, ya sea a través de entrevistas, artículos en periódicos o cartas al director. Muchos comunicadores se quejan que al no poder acceder a los científicos, tienen que basarse en la información que entregan aficionados, la que puede estar errada. En general, los lugares donde se hace investigación científica también tienen entre sus misiones la educación y difusión del conocimiento que la investigación genera. El ejemplo de las Butachauques es un llamado a los biólogos a meditar en su rol como educadores.

JUAN C. TORRES-MURA
Sección Zoología
Museo Nacional de Historia Natural
Casilla 787, Santiago